

unión como superación de los peligros que acechaban a la civilización occidental y a las democracias, entre los que no son los menos importantes el creciente poder de las masas y de los medios de comunicación.

Al autor le interesa manifestar entrar en este debate y aclara que, según su opinión, éstos no son ya los peligros que acechan a Europa, sino “la fuerza desenfrenada con la que continuamente el se-

ñorito satisfecho europeo mancilla en todos los terrenos: natural biológico, ecológico, económico, cultural, ideológico, ético y espiritual”, frase algo enigmática que requeriría un desarrollo mayor.

Libro en fin variado, interesante y abierto a la polémica desde los múltiples aspectos del pensamiento de Ortega que intenta medir con el de otros pensadores contemporáneos.

## MATERIALES PARA UNA NUEVA FILOLOGÍA\*

D'OLHABERRIAGUE RUIZ DE AGUIRRE, Concha: *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset*. La Coruña: Espiral Maior, 2009. 352 p.

FELIPE GONZÁLEZ ALCÁZAR  
ORCID: 0000-0003-0992-6275

**E**n una carta escrita desde París el 30 de enero de 1937 Ortega confía a Helene Weyl la espina dorsal de su anunciada *Aurora de la razón histórica*. La disposición de los cuatro capítulos de que constará no es gratuita: obedece a un modelo dinámico, y consecutivo por necesidad. Así pues, en tercer lugar y tras el pleno desarrollo de *Ideas y creencias*, en donde podremos orientarnos hacia el fin de la filosofía al sustituirse su naturaleza tradicional “por otra actitud más plenaria”, Ortega tenía la intención de profundizar en los *Principios de una nueva filología*. El método de la

razón histórica imponía obligadamente, y cito: “una nueva filología como técnica de la historia que permita pensar la realidad en su pura variabilidad y circunstancialidad”. (*Correspondencia* entre Ortega y Weyl. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, 2008, p. 197). El proyecto de la *Aurora*, que refiere Ortega a Curtius, a Weyl o a Victoria Ocampo según testimonios, y que otros (María Zambrano, José Gaus, por ejemplo), afirman haber visto materialmente, parece que nunca llegó a concluirse, nunca se terminó de escribir o consistió únicamente en la fase embrionaria de unos proyectos que se desarrollaron de manera particular en los años 30 y 40. Sea como fuere, la *Nueva Filología* anunciada ha sido una de las partes de ese *libro* más codiciadamente pretendida por numerosos estudiosos de Ortega. Y esto muy justificadamente no sólo por el interés que los filósofos han demostrado en el lenguaje a lo largo del siglo XX a causa de la propia evolución

\* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

### Cómo citar este artículo:

González Alcázar, F. (2010). Materiales para una nueva filología. Reseña de “El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset” de Concha D’Olhaberrriague. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 213-221. <https://doi.org/10.63487/reo.522>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre

interna de la filosofía sino también por la presencia en la obra orteguiana de un interés profundo y constante, desde sus inicios, por los estudios lingüísticos en tanto parte medular del desarrollo de su pensamiento culminado en el raciovitalismo y en cuanto por su personalísima manera de enfocar algunos problemas suscitados por el lenguaje y la aplicación de tradicionales y novedosas ideas lingüísticas. Recordemos que a través de la lectura de Ortega van asomándose, poco a poco, la mayoría de las corrientes de estudios sobre el lenguaje que fueron sucediéndose mientras él vivió, herederas casi todas de la definitiva y total renovación de Wilhelm von Humboldt, hasta las cercanías de Martinet, Benveniste, Coseriu, Chomsky o Zellig Harris. Tampoco faltan los nombres principalísimos de aquellas escuelas: desde Meillet a Saussure, desde Trubetzkoy a Bühler, adicionados por quienes engarzaron sutilmente el conocimiento del lenguaje con aspectos radicales del pensamiento filosófico: Nietzsche, Husserl, Heidegger... Ni dejan de referirse en sus escritos, de un modo u otro, los debates intensos de los que fue heredera su generación, de modo especial en torno a las teorías neogramáticas (Leskien, Hermann Paul, Karl Brugmann, Jan Baudouin de Courtenay) o la interpsicología de Gabriel Tarde. Pero sobre todo, tratándose de la vertiente más fértil del pensamiento lingüístico de Ortega, su adscripción junto a todos aquellos que, formando un eje fundamental desde muy diversos presupuestos, han contextualizado los estudios sobre el lenguaje en la esfera del conocimiento sociológico: Leibniz, Hegel, Humboldt, Whitney,

Dilthey, Durkheim, Vendryes, Bühler, Sapir, Whorf...

Ortega, como es sabido, nunca culminó un ensayo determinado dedicado a la filología o a la lingüística; lo más parecido formalmente a esos *Principios* son las reflexiones enmarcadas en las lecciones impartidas en el curso de Instituto de Humanidades titulado *El Hombre y la Gente*, entre 1949 y 1950, muy especialmente las últimas. En el curso de Buenos Aires con el mismo título e impartido entre 1939 y 1940, recientemente publicado en la nueva edición de *Obras completas* (Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2009, tomo IX), así como en la conferencia bajo igual lema de 1936, pronunciada en Rotterdam, ya se detenía marcadamente nuestro pensador en el papel radical y necesario de los usos lingüísticos y, por tanto, en la necesidad de su estudio en profundidad. Anticipando la importancia de estas lecciones para dar plenitud y sentido último al papel del lenguaje en la filosofía, lo cierto es que gran parte de las reflexiones sobre el tema que nos ocupa aparecen dispersas a lo largo de su obra como verdaderos aldabonazos al meditar sobre literatura, explicando el significado de algunas metáforas o precisando la etimología de alguna palabra, muchas veces de manera más creativa y filosófica, quizás voluntariosa, que filológicamente.

La profesora Concha D'Olhaberria-gue, autora de este ensayo y catedrática de lengua griega, afronta con amplísimo conocimiento de la obra de Ortega el estudio de su pensamiento sobre el lenguaje partiendo de la imperativa necesidad comprensiva de recopilar esa diseminación —olvídese cualquier

rasgo deconstructivo por mi parte y por la autora— para, de alguna manera, dar un sentido global a este análisis agrupando todos los testimonios posibles hasta la final convergencia. La autora no hurta a los lectores tanto el hecho de que el pensamiento lingüístico de Ortega se halle en gran parte disperso cuanto que para dar sentido a todas estas ideas diferidas en el tiempo y en los textos sea necesario, no obstante, combinar adecuadamente la progresión con la cristalización; hechos que sugieren a la par una evolución cronológica, que sirve de guía al apartado V, *Proyecto de una nueva filología*, y un propósito de sistematización que abarque la integridad de las ideas lingüísticas de Ortega, ejemplificado como objeto de estudio en la parte sexta y última, *Esbozo de una nueva gramática*. La cadencia en la publicación de la nueva serie de *Obras completas* de Ortega ha impedido que esta monografía pueda hacerse eco de la evolución del tratamiento del lenguaje en algunos inéditos, por ejemplo, en el curso de Buenos Aires al que me he referido antes —gran parte de cuyos materiales fueron reutilizados para el definitivo del Instituto de Humanidades—, cuya lección VIII se anunciaba: “Vigencias colectivas. Lo que dice la gente: Lengua y opinión pública”. Pese a la decepción de Rosenblat, recogida por D’Olhaberriague, lo cierto es que por entonces, diez años antes del curso del 49-50, ya había tomado cuerpo la misión imprescindible de abordar el conocimiento del lenguaje desde una perspectiva raciovitalista, sobre todo abrazado íntimamente al concepto de uso, definitivo en su papel de vertebrador del componente pragmático de la *teoría del decir*:

“El lenguaje es un uso. El uso es el hecho social por excelencia...”. Ejemplo, por tanto, del carácter proteico e incitador de una manera de entender el uso lingüístico para Ortega, premisa de la que todos aquellos que han reflexionado sobre esta cuestión tienen necesariamente que partir. Lo que obligará a repensar y a reordenar algunas afirmaciones, sin duda, adheridas al conocimiento y manejo de autores y teorías lingüísticas por parte de nuestro filósofo, hecho que sólo podrá verse culminado cuando se den a la luz todas sus notas de trabajo y tal vez su epistolario; por tanto, queda pendiente de constantes ajustes, alentando así un poco más la imagen del *iceberg* orteguiano. No digo esto a modo de crítica, pues evidencia que en un futuro las aportaciones a este respecto serán sólo de matiz, sino en tanto prevención frente a abundantes afirmaciones acerca de la pertenencia de Ortega a tal o cual escuela lingüística o tradición filosófica. La doctora D’Olhaberriague, por su parte, rehuye sabiamente estas premisas aunque no duda, con acierto, en establecer las posibles fuentes de Ortega, muy apreciables en Bühler o Meillet, tanto por su influencia como por oposición a sus ideas en el caso del francés; en otros, más bien, en tanto presupuestos necesarios, caso de Nietzsche para la actitud inicial y el pensamiento metafórico, de Husserl como incitación fenomenológica o de Schuchardt y la corriente alemana *palabras y cosas* hacia el sentido etimológico de las palabras. Ignoro si se ha hecho a este respecto una exhaustiva búsqueda en la biblioteca personal de Ortega pese a no haberse mantenido íntegro el fondo.

Sin embargo, la naturaleza de la filosofía orteguiana y su hondo conocimiento en materia lingüística permiten e invitan a abordar unificadamente ambos aspectos, de tal manera que resulta difícil discernir si nos encontramos ante un filósofo del lenguaje o ante un lingüista que prefigura caminos del conocimiento filosófico que influirán en su disciplina. De ahí la aparente necesidad, a mi juicio no siempre justificada, de establecer puentes entre Ortega y los caminos que siguió la lingüística tras su muerte. Nos encontramos así con un filósofo prefigurador de la pragmática según Graham (1994), de la lingüística textual y del análisis crítico del discurso según García Agustín (2000), de la actividad generativa del lenguaje al modo de Chomsky señalado por Cruz (1975), o de cuestiones de análisis aún más restringido en las abundantes alusiones de D'Olhaberrriague a direcciones tomadas por Benveniste o Coseriu, o bien acerca de anticipaciones orteguianas al modelo de la lingüística cognitiva y a la función y presencia de la metáfora en el lenguaje, previo a Whorf, comentado por Martínez del Castillo (2008), suscitado por una reseña anterior de Carriazo Ruiz (2006, 2009), en esta misma publicación. Las premoniciones de Ortega acerca de las direcciones de la lingüística no pueden satisfacer del todo a ninguna de ellas ya que ni lo pretendían ni era en esencia ciencia del lenguaje sino filosofía (por ello se arriesga a explicar filosóficamente muchas etimologías o usa libremente el vocabulario técnico-lingüístico, ya se trate de fonema o categoría); y sin embargo, Ortega transita por el pragmatismo y por la sociolingüística, tanto como por los métodos

tradicionales exponiéndolos a sus contradicciones internas.

*El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset* se abre, pues, en varias direcciones después de que su autora significara la doble importancia de Ortega convertido en pensador sobre el lenguaje, calificando su papel de audaz, heterodoxo y múltiple, y de la lingüística en Ortega, resaltando debidamente las influencias de ésta en sus escritos y las relaciones con autores y direcciones de la ciencia del lenguaje. Sobre los dos aspectos descansarán los primeros apartados de esta monografía, distribuidos entre la relación de Ortega con la filología, el problema del origen del lenguaje y el valor atribuido a la etimología de las palabras y a la metáfora.

El primer capítulo, dedicado a la vinculación de Ortega con la filología, deviene una sugestiva mezcla de entrada en materia y acercamiento biográfico en función de la idea directriz del libro. Reuniendo aspectos heterogéneos, la autora nos conduce a una yuxtaposición de situaciones convergentes en la importancia del lenguaje en Ortega: su cercanía a la Academia de la Lengua, a consecuencia de la pertenencia de su padre y su rechazo a formar parte de ella, su especial preocupación por las palabras en cada contexto, el interés en los modismos (fruto del debate que reunió a Casares, Fernández Ramírez, Gili Gaya y García Gómez en el Instituto de Humanidades y lo incitadora de su presencia activa en las discusiones), la numerosa cantidad de expresiones orteguianas en la *Gramática* de Fernández Ramírez, el encuentro epistolar con Curtius pidiendo superar el estructuralismo –sin sospechar todavía a

dónde conduciría su desarrollo, pero presintiendo— y la necesidad de aunar filosofía y filología, o la polémica con Menéndez Pidal (algo rigurosa en sus extremos, reconozcámoslo). Siendo hechos todos conocidos, muestran conjuntados un caleidoscopio de sugerencias que cristalizan, a mi entender, cuando D’Olhaberriague describe el feliz hallazgo de la traducción del vocablo *Erlebnis*, introducido por Dilthey en la filosofía, por “vivencia” (1913). No importa la explicación filológica en sí —en tanto calco de otros casos de derivación culta -encia<-entia— sino la capacidad de Ortega al introducir un vocablo nuevo convirtiéndose al final en una expresión productiva y de uso casi común y general fuera del ámbito técnico en que se trasladó. No cabe duda, pues, de que Ortega poseía, como sólo ocurre ocasionalmente, el *genio* del idioma español.

Por otro lado, encuentro menos justificada la disociación en tres capítulos independientes de las ideas de Ortega acerca del origen del lenguaje, sobre la etimología de las palabras y acerca de la metáfora, siendo contrastada su dependencia. No obstante mi criterio sobre la disposición, cada uno de estos aspectos deben enjuiciarse dentro de la teoría integral de la comunicación que Ortega propugnará en diferentes momentos. Acerca del desarrollo del lenguaje, la invención de dos mitos al modo platónico es una excusa para resaltar su anomalía natural: el hecho de que provenga de un animal que tiene demasiadas cosas que decir y la esencia patológica, enfermiza, de su naturaleza. Y esta anomalía es básica en la necesidad que el hombre tiene de contar, de hablar. Un hablar, ya llega-

remos a ello, no satisfecho en su integridad al no proporcionarnos las palabras lo que queremos verdaderamente decir: o por exceso o por defecto. De ahí la crítica a la lingüística tradicional, al acomodaticio universalismo lógico del lenguaje, a las descripciones estáticas de sus funciones, al rechazo del positivismo entendido como un idealismo pleno de significación y al nulo valor de los formalismos frente a la dinámica creadora de las lenguas. De igual modo opera Ortega respecto del origen de las palabras, unido a este acompasamiento de las evoluciones del lenguaje y del hombre, y naturalmente en las metáforas. Ambas consideraciones implican una aproximación filosófica y no estrictamente lingüística; buscan la verdad, el sentido de las palabras o de las expresiones, su valencia originaria. Ortega pretende como fin último reconstruir la raíz de las palabras volviendo al momento de su nacimiento. De la misma manera que sucedía con las metáforas, ambas comprenden un proceso cercano al desvelamiento de la verdad y son aspectos centrales de la capacidad creativa y viva de las lenguas, tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Esa viveza y riqueza de las palabras contrasta con la mayoría de los análisis lingüísticos en que éstas se diseccionan y se les niega su productividad: son, por el contrario, elementos claves del pensamiento. Ortega pensaba que la estilística ayudaría a superar los rigores del estructuralismo de Saussure y sus dicotomías. La intuición originaria previa a la creación revelaría el impulso vital que las creó, ya fuera en el relato, generosamente explicado por D’Olhaberriague, sobre el origen de la palabra “hígado” o en la

necesidad de recurrir a la expresión metafórica para mostrar traslaticiamente aquello que no se puede expresar directamente aunque ésta sea “el verdadero nombre de las cosas”. De manera significativa, la autora evita profundizar en el paso natural a que estas apreciaciones conducen: el lenguaje poético, donde la potencia creadora del hombre alcanza sus más altas manifestaciones a través del lenguaje figurado, ante todo de esencia metafórica. Quizás la integración de ideas lingüísticas en un elemento estrictamente comunicativo parezca consecuencia lógica del progreso expositivo, declarado en tanto culminación en una Gramática del raciovitalismo de la nueva filología junto a la nueva lingüística y la teoría del decir.

El capítulo V describe paso a paso, cronológicamente, el proyecto de Ortega para alcanzar una nueva filología conforme su pensamiento filosófico evolucione. La importancia de esta prevención temporal conviene a la estructura final del ensayo y permite encauzar nuestra lectura hacia la abierta confluencia de la razón vital con las ideas sobre el lenguaje y su naturaleza social, maduras como hemos venido diciendo en los años 30 y 40, sobre todo en las lecciones de los cursos sobre *El Hombre y la Gente*.

La condición de renovador lingüístico que se adjudica a Ortega queda patente en la progresión de sus ideas acerca del lenguaje, en ocasiones, justo es decirlo, no sólo como incitador sino como lector atentísimo de las continuadas corrientes de la ciencia del lenguaje. Comenzar a razonar cuestionándose qué es el lenguaje no estaba en la naturaleza fenomenológica de Ortega sin antes preo-

cuparse de cómo funcionaba, y qué se podía hacer con él. El conocimiento ideal del lenguaje queda, pues, relegado frente al poder de su uso. Resalta significativamente Concha D’Olhaberriague al respecto que los años en que Ortega dedicó mayor atención al estudio del lenguaje escasean las muestras de crítica literaria, al contrario de lo que ocurría en el alborar de su pensamiento. Y sobre ello comienza razonando a través del vigor expresivo de la literatura y de los problemas de su interpretación frente a la libertad y viveza de las palabras en sus otros usos comunicativos. Asume, pues, el silencio, los huecos, en definitiva, la importancia de lo no dicho, más patente en lo conversacional, en la palabra hablada antes que en la palabra escrita. El poder del lenguaje a modo de propedéutica del saber filosófico se consume en la renuncia al idealismo filosófico. La viveza, el continuo hacerse y deshacerse, la raíz humboldtiana de la estilística llevó a considerarla el vehículo necesario que habría de encaminarle al espíritu vossleriano de la lengua. Siempre el hombre está detrás, no hay abstracción posible que supere el hecho de que cada uno expone al hablar su circunstancia, su naturaleza, en una tensión evidente entre lo individual y lo social, lo creado y lo adquirido, lo que pensamos y lo que decimos... Esas tensiones son las fuerzas motrices a las que Ortega pretende dotar de razón de ser dentro del raciovitalismo. El lenguaje, pues, actúa como una fuerza dinámica que sólo tiene sentido pleno en la comunicación. De ahí la necesaria contextualización de toda situación comunicativa para dar pleno sentido a lo que se dice.

D'Olhaberriague nos conduce a través de los hitos que culminarán en una *teoría del decir*, capaz de unir este rompecabezas de incesante movilidad y creatividad que es el lenguaje en su dinamismo perpetuo. Su mecánica expositiva va introduciendo las progresivas indagaciones de Ortega, en un primer momento dependientes o secundarias, hasta que el pensamiento sobre el lenguaje se convierte en una necesaria centralidad del raciovitalismo hasta el grado último de desconfianza en la palabra escrita –petrificada– y en la naturaleza articulada y estructurada del mismo frente a la primacía de la lengua hablada y aun de la gestualidad en tanto factor primario de la expresión. En esas situaciones comunicativas perpetuas la naturaleza inestable de los niveles mínimos de articulación de las lenguas se hace aún más patente: las palabras no bastan aisladas. El *decir* requiere de un interlocutor, de una dimensión circunstancial, de una realidad... Y siempre contiene, en el fondo, un síntoma de decepción y de imposible suficiencia. Ya no por oponerse a la necesidad satisfecha de Meillet, o por conjugar certeramente el estilo y el uso con los errores en una lengua viva (Vendryes), o a través de la dificultad de reconstruir el sentido primigenio de las palabras según cada situación en el quehacer del hombre (los *campos lingüísticos* con eco del *Lebenswelt* de Husserl). Sino porque en todo decir la interpretación de lo dicho se encuentra mediatizada por lo que viene dado y lo que hay que decir, porque todo decir es deficiente y a la vez exuberante; en suma, en que hay una distinción insuperable entre la naturaleza del pensar, del hablar y del escribir.

No hay lugar en una reseña para detallar con pormenores y pausadamente la trenzada línea argumentativa que la doctora D'Olhaberriague ha trazado para coaligar la dispersión del pensamiento sobre lenguaje y del lenguaje en Ortega. Significativo es su rechazo, antes lo advertía, a salirse del modelo de pensamiento sobre el lenguaje (es decir, una limitación autoimpuesta) por más que trate continuamente y de manera acertada de enlazar su relato con la formación del modelo raciovitalista, sobre todo en la culminante última etapa. No obstante, hubiera sido preciso, a mi juicio y tal vez por deformación profesional, incidir más profundamente en las consecuencias últimas que la *teoría del decir* aplicada en su plenitud tendría sobre aspectos claves como la significación, la palabra poética, la interpretación (textual y discursiva), el uso retórico (pese a un prometedor inicio), la crítica literaria o la comunicación interlingüística en la traducción, no correspondido con la inicial apertura hacia indagar el paso de una nueva filología a una nueva lingüística. El reproche debe entenderse como apetencia de lector ante la innumerable cantidad de sugerencias en que desemboca la lectura de este trabajo. Muchas de ellas denotan un profundo conocimiento de la lingüística apuntalado firmemente por la condición de helenista de la autora. Didácticamente –no tratándose de un manual tiene muchas de sus (necesarias) propiedades–, la naturaleza dinámica del proyecto de una nueva filología en Ortega se somete a un exhaustivo entrelazamiento en fuentes y en influencias. Desde los indicios a las pruebas, es decir, desde las citas directas

a las ideas nacidas de fuentes secundarias o de saberes dispares pero pertenecientes a las ciencias humanas (filosofía, sociología, psicología, antropología...). Echo de menos, no obstante, una mayor atención al papel que jugaron las gramáticas comparadas e históricas en la premisa orteguiana sobre el dinamismo y la vitalidad del lenguaje, y de más la algo artificiosa costumbre de decidir si este pensamiento conforma una anticipación de la dualidad antisaussureana entre *sentido* y *referente* en Benveniste, tal vez para marcar poco interés en expresar un más íntimo enlace con el generativismo de Chomsky. Desde la postura de un Ortega instigador intelectual del estudio del lenguaje no hubiera desmerecido un enfoque funcionalista (Coseriu es citado con frecuencia) cuanto generativista. También hubiera sido de agradecer un mayor engarce con la lingüística española del momento, pese a las alusiones a Amor Ruibal y la toma de contacto en los primeros capítulos. De igual manera, la influencia del neokantismo como base para el rechazo del estructuralismo y la necesidad de afrontar su crítica desde dentro: recordemos que para esta doctrina el lenguaje es un principio de categorización de la realidad y la gramática está formada por estructuras. No obstante ello, la insatisfacción del fin comunicativo del *decir* no orilla a Ortega ante las inestables costas de la deconstrucción sino, como bien remata D'Olhaberriague al final de este capítulo, estamos ante un proyecto a la fuerza inacabado e inacabable. Tarea y sugestión, futurición en suma. La impregnación, coincido aquí con el lingüista López García-Molins, prologuista del libro, de formas,

maneras y expresiones del estilo orteguiano en la autora se combina armoniosamente con el rigor científico del ensayo. Una sintonía de intereses en la médula de la meditación orteguiana que permite a D'Olhaberriague aventurar intuiciones sobre el proceso reflexivo del filósofo (muy apreciable la relación con la metodología ignaciana de la *composición de lugar*) y más aún la ordenación del profundo análisis de su pensamiento lingüístico en una gramática del raciovitalismo.

Así pues, el capítulo VI, *Esbozo de una nueva gramática*, se convierte en la culminación de las ideas sobre el lenguaje que la autora ha señalado a lo largo de su monografía, en relación con el pensamiento de Ortega y a su vinculación con varias direcciones de la lingüística. Difícil paralelo y más difícil conjunción de conclusiones. Una gramática, al menos un conjunto ordenado de elementos según niveles y una explicación de sus funciones o una descripción de reglas, normas y excepciones, cualquiera que sea su enfoque, arrastra tras de sí las conclusiones de una dependencia sistemática. Ortega, por su parte, actúa ante lenguaje de manera opuesta. Lejos de censurar la metodología, creo que la confrontación entre estabilidad y dinámica refleja la tensión orteguiana entre distintos niveles respecto de la naturaleza de las lenguas, las categorías y las situaciones comunicativas. Del planteamiento de esas situaciones se infiere, pues, el significado de existencia en la cópula "es", el actualísimo debate sobre los pronombres personales de la tradición gramatical o el proceso diacrónico de transitividad del verbo ser junto

al valor de la voz media en confluencia con la filosofía raciovitalista. Hasta el planteamiento de las funciones del lenguaje, más allá de la tripartición de Bühler y hacia Jakobson, y de ahí, al valor pragmático y, en una vuelta más de tuerca, a la teoría de la relevancia.

Juzgo, en conclusión, que *El pensamiento lingüístico de José Ortega y Gasset* ha estabilizado un itinerario que a no dudarlo será muy productivo en el futuro. Por un lado, al reordenar las ideas lingüísticas de Ortega según presump-

tos actuales en la descripción y análisis de las mismas, en la explicación de determinados procesos y en la conexión con las direcciones principales de la ciencia lingüística. Después, por contener un semillero de apreciaciones e informaciones que suscitan interés y apetencia de análisis detallado. Al fin, por congregar y avenir esas ideas con la metodología raciovitalista con la que está íntimamente incardinada. No me resta más que felicitar a la autora por un balance raramente conseguido.

## UNA ANTROPOLOGÍA CULTURAL DESDE DENTRO

SAN MARTÍN, Javier: Para una superación del relativismo cultural. Antropología cultural y antropología filosófica. Madrid, Tecnos, 2009, 224 p.

JOAN B. LLINARES

Es habitual, por desgracia, que los filósofos elaboren sus antropologías filosóficas buceando en la historia de la propia tradición, que, ciertamente, es de gran riqueza, desde los grandes presocráticos como Pitágoras y Heráclito a las teorías contemporáneas sobre la relación mente-cuerpo, por ejemplo, o sobre determinismo y libertad, pasando por los sistemas de los grandes filósofos de la modernidad en cuyo horizonte seguimos moviéndonos, y lo hagan sin reflexionar sobre las metodologías y los hallazgos de las denominadas ciencias humanas de nuestros días. También es frecuente, a la inversa, que los antropólogos sociales y culturales, pongamos por caso, se dediquen a sus trabajos de campo con la

segura autonomía de los científicos que se saben en posesión de métodos de estudio eficientes y contrastados, como si fuese un rasgo anodino que los objetos de sus análisis sean seres humanos, y que hacer genuinas comparaciones y extraer de ellas apreciaciones generales fuese un ejercicio factible al margen de serios compromisos de hecho con opciones filosóficas. Por suerte, en este libro encontramos una modelica excepción en ambos sentidos: por una parte, se expone con sólida información la historia reciente de la antropología sociocultural y las premisas teóricas de sus principales movimientos y escuelas, a saber, el evolucionismo clásico, el particularismo histórico de Boas y sus discípulos, el funcionalismo británico, la escuela francesa y el estructuralismo, el neoevolucionismo e incluso la denominada antropología hermenéutica, para así elucidar desde dentro tanto las condiciones que hacen posible ese discurso sobre la pluralidad cultural que nos caracteriza

### Cómo citar este artículo:

Llinares, J. B. (2010). Una antropología cultural desde dentro. Reseña de "Para una superación del relativismo cultural. antropología cultural y antropología filosófica" de Javier San Martín. *Revista de Estudios Orteguianos*, (20), 221-222.

<https://doi.org/10.63487/reo.523>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 20. 2010  
mayo-octubre